

Lo público bajo (El) Silencio

¿Un Triángulo de las Bermudas en el centro?

Pedro José García Sánchez*

Cuando el gusto podía sobreponerse a la necesidad, la expresión “ir al centro” tuvo en mi niñez de caraqueño de Cotiza una connotación sencilla: tomar el autobús y bajarnos cerca del cine Avila. Con o sin banquete cinematográfico en matinée o vespertina solíamos pasear por sus “cercanías” y corretear las palomas o las ardillas de la Plaza Bolívar, correr en “la sabana” de la Plaza Caracas, comer perros calientes en “la plaza de las fuentes” (Diego Ibarra), recorrer las vidrieras exteriores y subterráneas del Centro Simón Bolívar o de las arcadas de El Silencio y descansar en los bancos de la Plaza Miranda. El centro de la ciudad se presentaba entonces para mí como un entramado de recorridos y estadías en espacios públicos de apertura desigual, pero llenos de umbrales y de motivos risueños para volver. En mi percepción infantil era como una especie de archipiélago en el mar de congestión, humo y corneteo con el cual identificaba ya a la avenida Baralt y sus cercanías. No es entonces de nostalgia por “la ciudad que (se) fue o que no fue” de lo que se trata aquí.

Años después (a fines de los noventa), la dinámica de una investigación socio-antropológica impulsó un reencuentro con dicha topología a través de sus sedimentos, rémoras y escombros. Pequeña diferencia: el nodo se desplazó ligeramente y la Plaza Caracas apareció como *el centro del centro*. De todos modos una experticia situacional no me desmentiría: está en el mero centro de la avenida. El ¿azar? de sus albores había curiosamente fijado un destino: entre sus palmeras se albergó la famosa Jaula de King Kong. Y el resultado de las elecciones de 1998

no tardaría en confirmar otro tipo de centralidad: triunfó el único candidato que, tan solo utilizándolo para sus mítines, le atribuyó la calidad de lugar a este espacio ubicado en el medio-oeste de las Torres del Silencio. Y nuestro Rockefeller Center criollo es el símbolo *par excellence* de esa modernidad metropolitana que desde hacía tiempo se resquebrajaba y caía a pedazos a través de placas desvencijadas de concreto y mármol, o de íconos postales que perdieron su “empoderamiento” cultural a expensas de un reluciente Parque Central (hoy chamuscado). Nuestra gestión de lo público es experta en negar un presente digno tan pronto comienza a oler a pasado.

Pero esta Plaza pudiera ser también uno de los vértices de un (ni tan imaginario) Triángulo de las Bermudas de lo público y su tratamiento socio-espacial. Su perímetro se extendería apenas algunas decenas de metros hacia el norte y hacia el sur, al oeste de la avenida Baralt. Así, bordeando las emblemáticas residencias de El Silencio están la Plaza Miranda y la calle que hay entre las esquinas de La Gorda y Aserradero, con sus paradas de minibuses que ocupan, desbordan y desbarajan la acera norte y la calzada. Esta calle que une la región Korda Modas de la Baralt con el lado norte de la Plaza O’Leary es un intersticio significativo de como se construye en Caracas un eje central entre los extremos este y oeste. Viniendo de la desembocadura de la avenida Bolívar a la altura de La Hoyada, el extremo este anuncia la ciudad como colección desarticulada de fragmentos. El túnel que conduce al 23 de enero y su cortejo de rumores, relatos y experiencias

más o menos populares, heroicas o atemorizantes representa el extremo oeste. ¡No se le ocurra darle cita en dicho intersticio a un extranjero!... A menos de querer confrontarlo “en pleno centro” a las rudezas ciudadanas de la hostilidad metropolitana: hiperdensidad buhonera y automóvil, difícil legibilidad de los usos ciudadanos que allí imperan, inseguridad flotante.

En 1997, una nota de prensa califica el estado de la Plaza Miranda como «*ruina précolombina*» morfológica y sensible: estructuras rotas, desagües, olores nauseabundos, suciedad. Asimismo se señala que su frecuentación está “dominada por gente de mal vivir”: vagabundos, pordioseros, drogadictos, prostitutas... La noticia señala que en el marco de su “recuperación” (una más de tantas) las autoridades municipales anuncian dos posibles cambios: sacar de allí la estatua del héroe patriótico y cambiarle por ende el nombre a la plaza. ¿Cómo entender esta significativa “mudanza” justificada sobre la base de la «*indignidad*» que representa la conjugación de los símbolos de la República y de la extrema degradación urbana? Independientemente de que esto se haya llevado a cabo o no (y cualquier lector que visite el centro de vez en cuando conoce la respuesta), ¿Qué significa el que tales hipótesis puedan ser consideradas en el seno de la *civitas* y luego lanzadas al ruedo del mundo de la opinión como si nada?

Un buhonero vende suspiros en la Plaza Caracas. Es un ciudadano que se instala estratégicamente en sus zonas más densas. El uso comercial de un espacio que no ha sido construido para tales fines revela su permeabilidad.

Asimismo, las actividades de este buhonero van más allá de su trabajo. Habla con los potenciales clientes, se desplaza y disfruta de sus sitios acogedores para almorzar o descansar, piropea a las muchachas que pasan, contempla los movimientos de la muchedumbre, se abastece con otros buhoneros, aparta a aquellos que le molestan (borrachitos, pedigueños, huelepegas...), desaparece frente al acoso policial. Ante la ausencia de baños públicos, utiliza los de los restaurantes de la plaza o simplemente aparenta una intimidad inexistente, se baja la bragueta y/o los pantalones y gestualiza su incivilidad. Cuando se le pide calificar el lugar con sus propias palabras, deja escuchar su percepción de desfase entre el contexto urbanístico y el sentido social. Pero, ¿De qué esta hecha la “razón social” de un espacio público urbano? ¿Cómo ésta se desprende de los (des)ajustes entre el trabajo de las instituciones que custodian la plaza y las percepciones que genera su uso cotidiano? Además, ¿el que un buhonero trabajando en un espacio destinado a otros usos reconozca las cualidades urbanas y públicas del sitio pero no sus propias actividades como “razón social” no nos coloca frente a la experiencia conflictiva misma de la urbanidad citadina?

Según la leyenda, en el Triángulo de las Bermudas desaparecen barcos y pasajeros en plena travesía engullidos por una especie de “agujero negro” que revela a los humanos su pequeñez. En nuestro triángulo central, la “pérdida” no es una metáfora, pero tampoco una explicación. Mientras tanto, bajo (El) Silencio cacofónico que la corroe, la vida pública de nuestra “ciudad provi-

sional” se sigue dislocando entre sectarismo, demagogia y pantomimas. De hecho, ¿No es allí que se encuentra esa caricatura de la *res publica* llamada CNE? En el centro sigue creciendo nuestro agujero negro mientras continuamos buscando sus razones en cualquier “más allá” (habitado, claro está, por “los otros”).

* Doctor en Sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París e Investigador Asociado al Grupo de Sociología Política y Moral de dicha institución. Este artículo fue publicado en el Semanario *En Caracas*. Número Aniversario.



- ¿Qué es lo que mas chévere de esta plaza?.
- Bueno, la plaza en si está muy bien, situada en el centro, sirve para hacer cosas sanas y buenas. Pero la han vuelto... mala también.
- ¿Qué piensa acerca de la estructura física de la plaza?.
- Está muy bien, consistente, estructurada. Felicito a los ingenieros, constructores y otros arquitectos que trabajaron acá.
- ¿Qué no le gusta de la Plaza Caracas? ¿Qué le cambiaría?.
- Bueno, yo no cambiaría aquí nada... excepto su razón social.

Entrevista a un vendedor de suspiros